

Después de haber desentumecido su espíritu durante las noches pasadas en casa de Artez, Luciano había estudiado las chingotas y los artículos de los periódicos; y seguro de ser, por lo menos, igual á los más ocurrentes redactores, se ensayó secretamente en la gimnasia del pensamiento, y salió una mañana con la triunfante idea de solicitar el servicio de algún coronel de las tropas ligeras de la prensa. Se vistió lo más elegantemente posible y atravesó los puentes pensando que los autores, los periodistas, los escritores, en una palabra, todos sus futuros colegas, tendrían un poco más de consideración y de desinterés que las dos clases de librereros que habían destruído sus esperanzas. Imagínose que encontraría simpatías y cariño como el que encontraba en el cenáculo de la calle de los Cuatro Vientos. Presa de las emociones del presentimiento escuchado y combatido, que tanto agrada á los hombres de imaginación, llegó á la calle de Saint-Fiacre, cerca del bulevar Montmartre, ante la casa donde se hallaba la administración de un periódico. Al principio, sintió las palpitaciones del joven que va á entrar en un mal lugar; pero, á pesar de esto, subió á las oficinas, situadas en el entresuelo. En la primera pieza, que estaba dividida en dos partes iguales por un tabique mitad de madera y mitad de reja, encontró á un inválido manco que mantenía con su única mano varias resmas de papel en la cabeza y llevaba entre los dientes un librito. Este pobre hombre, cuya cara tenía tonos amarillos plagados de bulbos rojos, lo cual le valía el apodo de Coloquinto, le enseñó detrás de la reja al cancerbero del periódico. Este personaje era un antiguo oficial condecorado, con grandes bigotes grises, un gorro de seda negra en la cabeza, y envuelto en una cumplida levita azul como una tortuga en su concha.

—¿Desde qué día quiere el señor que empiece su abono?—le preguntó el oficial del Imperio.

—No vengo para abonarme—dijo Luciano.

Sobre la puerta que estaba enfrente de aquella por la que Luciano había entrado, el poeta vió un letrero donde se leían estas palabras: OFICINAS DE REDACCIÓN, y debajo: NO SE PERMITE LA ENTRADA.

—¿Una reclamación acaso?—repuso el soldado de Napoleón.—¡Ah! sí, hemos estado duros con Marieta. ¡Qué quiere usted! Aun no sé por qué lo han hecho. Pero, en fin, si viene usted á pedir cuenta de ello, estoy dispuesto—añadió,

mirando los floretes y las pistolas que había en la panoplia colocada en un rincón.

—No, señor, tampoco. Quisiera hablar con el redactor en jefe.

—Nunca viene nadie hasta las cuatro.

—Vea usted, mi querido Giroudeau, encuentro once columnas, que, á cinco francos, hacen cincuenta y cinco francos; no he recibido más que cuarenta; de modo que, como le decía, me debe usted aún quince.

Estas palabras eran dichas por un hombrecillo delgado, de cara esmirriada, descolorida como clara de huevo mal cocida y dotada de unos ojillos de un azul pálido, hombrecillo que se escondía detrás del opaco cuerpo del antiguo militar. Aquella voz heló á Luciano, porque tenía algo del maullido de los gatos y del alarido asmático de la hiena.

—Sí, querido miliciano mío—respondió el oficial retirado;—pero usted cuenta los títulos y los blancos, y yo tengo orden de Finot de adicionar el total de las líneas y de dividir las por el número de ellas que lleva cada columna, y después de haber practicado esta operación, resultan tres columnas menos.

—¡Oh! ¡el maldito no paga los blancos, y en cambio se los cuenta á su asociado! Voy á ir á ver á Esteban Lousteau.

—Yo no puedo faltar á la consigna, amigo mío—dijo el oficial.—¡Cómo! ¿Va usted á chillar contra su nodriza por quince francos, usted que hace artículos con tanta facilidad como yo me fumo un cigarro? ¡Eh! con un ponche menos que pague á sus amigos, ó con ganar una partida más de billar, ya está todo arreglado.

—Finot está haciendo economías que le van á costar muy caras—respondió el redactor levantándose y marchándose.

—¡Cualquiera diría que es Voltaire ó Rousseau!—se dijo para sus adentros el cajero mirando al poeta provinciano.

—Señor—respondió Luciano,—volveré á eso de las cuatro.

Durante la discusión, Luciano había visto en las paredes los retratos de Benjamín Constant, del general Foy, y de los diez y siete oradores ilustres del partido liberal, mezclados con caricaturas contra el gobierno, y había mirado sobre todo la puerta del santuario donde debía elaborarse el gracioso periódico que le divertía todos los días y que gozaba del derecho de ridiculizar á los reyes y los acontecimientos

más serios y de ponerlo todo en tela de juicio con una palabra. Desde allí se fué á callejear por los paseos, placer completamente nuevo para él; pero tan atractivo, que aun no había almorzado cuando vió que las agujas de los relojes de las relojerías marcaban las cuatro. El poeta se trasladó inmediatamente á la calle de Saint-Fiacre, subió la escalera y no vió ya al viejo militar, pero encontró al inválido sentado sobre un paquete de papeles, comiendo un pedazo de pan y guardando su puesto con aire resignado. Luciano concibió el atrevido pensamiento de engañar á aquel temible funcionario, y pasando cubierto por delante de él, abrió la puerta del santuario como si fuese de la casa. Las oficinas de la redacción ofrecieron á sus ávidas miradas una mesa redonda cubierta con un tapete verde y seis sillas de paja. El pavimento de aquella pieza no había sido fregado, pero estaba limpio, lo cual anunciaba una concurrencia pública bastante rara. Sobre la chimenea se veía un espejo, un reloj cubierto de polvo, dos candeleros con sendas bujías y, finalmente, muchas tarjetas. Sobre la mesa se veían algunos periódicos viejos alrededor de un tintero cuya tinta seca parecía laca, y que estaba rodeado de plumas. En algunas cuartillas de papel leyó varios artículos escritos con letra ilegible y casi jeroglífica y rasgados por arriba por los cajistas de la imprenta, que emplean esta señal para reconocer los artículos hechos. Además, aquí y allá, sobre papeles grises, admiró caricaturas dibujadas con bastante gracia por gentes que sin duda habían querido matar el tiempo anotando algo para entretener las manos. Sobre el papel verde que cubría las paredes, vió, pegados con alfileres, nueve dibujos diferentes hechos á pluma sobre *El Solitario*, libro que gozaba entonces en Europa de un éxito inaudito y que debía fatigar á los periodistas: «*El Solitario*, apareciendo en provincias, asombra á las mujeres.—Lectura de *El Solitario* en un castillo.—Efecto de *El Solitario* en los animales domésticos.—Explicado *El Solitario* á los salvajes, obtiene brillantes éxitos.—*El Solitario* traducido al chino y presentado, por el autor, de Pekín al emperador.—Por el Monte Salvaje, Elodia violada». Esta caricatura le pareció muy impúdica á Luciano, pero le hizo reír. «Por los periódicos, *El Solitario* sobre un gamo paseado procesionalmente.—*El Solitario*, haciendo estallar á una prensa, hiere á los osos.—Leído al revés, asombra *El Solitario* á los académicos con superiores bellezas». Luciano vió en la faja

de un periódico un dibujo representando á un redactor que tendía el sombrero, y debajo: ¡*Finot, mis cien francos!* firmado por un nombre que se hizo famoso, pero que no llegará á ser nunca ilustre. Entre la chimenea y la ventana había una mesa-despacho, un sofá de caoba y un cesto para los papeles, cubierto todo de una espesa capa de polvo. Las ventanas no tenían más que visillos. Sobre la mesa-despacho se veían unas veinte obras, grabados, música, un ejemplar de la novena edición de *El Solitario*, que seguía siendo la gran diversión del momento, y unas diez cartas cerradas. Cuando Luciano hubo inventariado aquel extraño mobiliario y hecho reflexiones sin cuento, daban las cinco y se decidió á volver á interrogar al inválido. Coloquinto había acabado de comer el pedazo de pan y esperaba con la paciencia de un santo al militar condecorado, el cual se paseaba sin duda por los bulevares. En aquel momento apareció una mujer en el umbral de la puerta, después de haber dejado oír el rasgueo de su vestido en la escalera, y ese ligero paso femenino tan fácil de reconocer. Era bastante guapa.

—Caballero—le dijo á Luciano,—ya sé por qué alaba usted tanto los sombreros de la señorita Virginia, y vengo, ante todo, á abonarme por un año; pero quisiera saber las condiciones.

—Señora, yo no soy del periódico.

—¡Ah!

—¿Un abono á partir de Octubre?—preguntó el inválido.

—¿Qué reclama la señora?—dijo el antiguo militar presentándose y entrando á conferenciar con la confeccionadora de modas.

Luciano, por su parte, cansado de esperar, se trasladó á la primera pieza y oyó esta frase final:

—Tendré una gran satisfacción, señor. La señorita Florentina puede venir á mi almacén y escoger lo que quiera. Así quedamos convenidos y espero que no volverán á hablar de Virginia, que es una chapucera incapaz de inventar una forma, mientras que yo sí que las invento.

Luciano oyó sonar cierto número de escudos y luego vió que el militar se ponía á hacer sus cuentas diarias.

—Caballero, estoy aquí hace una hora—dijo el poeta con aire un tanto enfadado.

—¿No han venido?—dijo el veterano napoleónico demostrando contrariedad por cortesía.—No me asombra, hace ya

tiempo que no les veo nunca. Es claro, como estamos á mediados de mes... Esos pillastres no vienen más que cuando se paga, del 29 al 30.

—¿Y el señor Finot?—dijo Luciano, que había retenido en la memoria el nombre del director.

—Está en su casa, en la calle de Feydeau. ¡Coloquinto! viejo mío, al mismo tiempo que llevas el papel á la imprenta, entrégale al director lo que se ha recibido hoy para él.

—¿Dónde se hace el periódico, pues?—dijo Luciano, como hablando consigo mismo.

—¿El periódico?—dijo el empleado recibiendo de Coloquinto el resto del papel.—¿El periódico? ¡Uy, uy!—Viejo mío, procura estar mañana á las seis en la imprenta para darles prisa á los repartidores.—El periódico, señor, se hace en la calle, en casa de los autores y en la imprenta de once á doce de la noche. En tiempo del emperador no se conocían estas tiendas de emborronar papel. ¡Ah! él habría barrido esto con cuatro hombres y un cabo y no se dejaría importunar con frases. Pero, en fin, basta de charla. Si á mi sobrino le tiene cuenta, no veo ningún mal en ello. Pero veo que los abonados no se dan prisa á venir, y voy á cerrar esto.

—Señor, me parece que está usted muy al tanto de la redacción del periódico.

—Desde el punto de vista financiero —dijo el soldado tosiendo.—Según el talento, se paga de cinco á tres francos la columna de cincuenta líneas de cuarenta letras sin blancos. Respecto á los redactores, son unos puntos filipinos, gentes á quienes no quisiera ver en mi regimiento y que porque garrapatean unas cuantas cuartillas se creen ya con derecho á despreñar á un antiguo capitán de dragones de la guardia imperial que se retiró de jefe de batallón y que entró con Napoleón en todas las capitales de Europa.

Luciano, empujado hacia la puerta por el soldado de Napoleón, que se cepillaba la levita y manifestaba intención de salir, tuvo el valor de interceptarle el paso diciéndole:

—Vengo para ser redactor, y le juro que siento el mayor respeto por un capitán de la guardia imperial, por aquellos hombres de bronce...

—¡Bien dicho, hijito mío!—repuso el oficial.—Pero ¿en qué clase de redactor quiere usted entrar?—replicó el veterano pasando por delante de Luciano y bajando la escalera, sin detenerse más que para encender el cigarro en la guarida

del portero.—Si vienen suscriptores, recíbalos usted y tome usted nota, madre Chollet. ¡Siempre el abono! yo no conozco más que el abono—repuso volviéndose hacia Luciano, que le había seguido.—Finot es sobrino mío, el único de la familia que me ha protegido en la adversidad. Así es que el que busque camorra á Finot, se encontrará siempre con el viejo Giroudeau, capitán de los dragones de la guardia, que ha sido cinco años maestro de armas en los húsares, ejército de Italia. ¡Uno, dos, y el contrincante queda á la sombra!—añadió haciendo ademán de defenderse.—Ahora bien, hijito mío, entre los redactores hay varios grupos: existe el redactor que redacta y que tiene sueldo, el redactor que redacta y que no cobra nada, al cual llamamos nosotros un voluntario, y por fin, el redactor que ni redacta ni cobra, ni es tampoco el más tonto, pues se da aires de escritor, pertenece al periódico, nos paga comidas, frecuenta los teatros, mantiene á una actriz y es dichoso. ¿Qué quiere usted ser?

—Redactor de los que trabajan mucho y cobran bien.

—Sí, como todos los quintos, que quieren empezar por mariscales de campo. Crea usted al viejo Giroudeau, lárguese y no se dedique á esto. En fin, hijo mío, aquel jovencillo que vió usted esta mañana, ha ganado cuarenta francos este mes. ¿Cree usted que haría más que él? Y eso que, según Finot, es el redactor que tiene más sombra.

—Cuando entró usted en el ejército ¿le dijeron que había peligro?

—¡Pardiez! ¡ya lo creo!

—¿Y bien?

—¿Y bien? Pues bueno, vaya usted á ver á mi sobrino Finot, que es un buen muchacho, el más leal que habrá usted conocido, y háblele, si es que le encuentra, porque se mueve más que un pescado en el mar. Mire usted, en su oficio no se trata de escribir, sino de hacer que los otros escriban, porque, al parecer, los escritores prefieren más regalarse con las actrices, que embadurnar papel. ¡Ah! ¡son unos puntos...! Beso á usted la mano.

El cajero movió su temible bastón y dejó á Luciano en la calle tan estupefacto ante aquel cuadro de la redacción, como había quedado al ver los resultados definitivos de la literatura en casa de Vidal y Porchón. El poeta fué diez veces á casa de Finot sin poder encontrarle: muy de mañana,

Finot no había vuelto aún; al mediodía, Finot había salido para sus quehaceres y almorzaba en tal café. Luciano iba al café, le preguntaba á un mozo por Finot, venciendo inauditas repugnancias, y Finot acababa de salir. Por fin, Luciano, cansado, consideró á Finot como un personaje apócrifo y fabuloso, y creyó más sencillo esperar á que Esteban Lousteau fuese á casa de Flicoteaux, confiando en que este joven periodista le explicaría sin duda el misterio que se cernía sobre la vida del periódico en que pretendía entrar.

Desde el día cien veces bendito en que Luciano había trabado amistad con Daniel de Artez, había cambiado de sitio en casa de Flicoteaux. Los dos amigos comían juntos y hablaban en voz baja de literatura, de los asuntos que se podían tratar y de la manera de presentarlos, de desarrollarlos y de desenlazarlos. En aquel momento Daniel de Artez corregía *El arquero de Carlos IX*, rehacía algunos de sus capítulos, escribía las páginas más hermosas que contiene y el magnífico prefacio que da importancia al libro y que derramó tanta claridad sobre la literatura. Un día, en el momento en que Luciano se sentaba al lado de Daniel, el cual le había esperado y le daba en aquel momento la mano, vió en la puerta á Esteban Lousteau jugando con su bastón. Luciano dejó bruscamente la mano de Daniel y le dijo al mozo que deseaba comer en el mismo sitio de antes, cerca del mostrador. Artez dirigió á Luciano una de esas miradas angelicales en que el perdón oculta el reproche, y que impresionó de tal modo al poeta, que éste se apresuró á estrechar de nuevo la mano de Daniel y á decirle:

—Se trata de un asunto muy importante para mí. Luego te hablaré de él.

Luciano ocupaba ya su antiguo sitio en el momento en que Esteban se sentaba en el suyo, y habiéndose anticipado á saludarle, la conversación no tardó en entablarse, con tal fuego, que Luciano fué á buscar el manuscrito de las *Margaritas*, mientras que Lousteau acababa de comer. El aturdido joven había consentido en someter sus sonetos al periodista, y contaba con su benevolencia para tener un editor ó entrar en un periódico. Al volver, Luciano vió en el rincón de la fonda á Daniel, con los codos apoyados en la mesa en actitud triste. De Artez le miró melancólicamente; pero Luciano, devorado por la miseria é impulsado por la ambición, fingió no ver á su hermano del cenáculo y siguió á Lou-

teau. Antes de la caída de la tarde, el periodista y el neófito fueron á sentarse debajo de los árboles de aquella parte del Luxemburgo, que conduce del gran paseo del Observatorio á la calle del Oeste. Aquella calle era entonces un cenagal plagado de tablones y de charcos, y tan poco frecuentada, que en el momento en que París come, dos amantes podían disputarse y darse las arras de una reconciliación sin temor á ser vistos. El único importuno posible era el veterano de guardia en la calle del Oeste, si es que el venerable soldado tenía á bien aumentar el número de pasos de que se compone su monótono paseo. En aquel lugar y en un banco de madera situado entre dos tilos, fué donde Esteban escuchó los sonetos escogidos como muestra del tomo de las *Margaritas*. Esteban Lousteau, que tenía el pie en el estribo para ser redactor después de dos años de aprendizaje, y que contaba con la amistad de algunas celebridades de aquella época, resultaba un personaje importante para Luciano. Así es que, al mismo tiempo que desarrollaba el manuscrito de las *Margaritas*, el poeta provinciano juzgó necesario hacer una especie de prefacio.

—Señor, el soneto es una de las obras más difíciles de la poesía. Este poemita ha sido generalmente abandonado, y nadie en Francia ha podido rivalizar con Petrarca, cuyo idioma, infinitamente más flexible que el nuestro, admite juegos de pensamientos rechazados por nuestro *positivismo* (perdóneme usted esta palabra). Me ha parecido, pues, conveniente estrenarme con una serie de sonetos. Víctor Hugo se ha dedicado á la oda, Canals á la poesía fugitiva, Beranger monopoliza la canción, Casimiro Delavigne acapara la tragedia y Lamartine la meditación.

—¿Es usted clásico ó romántico?—le preguntó Lousteau.

El aire asombrado de Luciano denotaba una ignorancia tan completa del estado de las cosas en la república de las letras, que Lousteau juzgó necesario instruirle.

—Querido mío, llega usted en este momento á lo más intrincado de una encarnizada batalla, y tiene usted que decidirse pronto. En primer término, la literatura está dividida en varias zonas; pero nuestros grandes hombres se han dividido en dos campos. Los realistas son románticos, y los liberales clásicos. La divergencia de las opiniones literarias se une á la divergencia de las opiniones políticas, y de aquí nace una guerra sin cuartel, tinta á torrentes, frases vene-

nosas, punzantes calumnias y apodos sin cuenta entre las glorias nacientes y las glorias caídas. Por una extraña anomalía, los realistas románticos piden la libertad literaria y la revocación de las leyes que dan formas convenidas á nuestra literatura; mientras que los liberales quieren mantener las unidades, la forma del alejandrino y el tema clásico. Las opiniones literarias están, pues, en desacuerdo en cada campo con las opiniones políticas. Si es usted ecléctico, no tendrá á nadie de su parte. ¿A qué campo se inclina usted?

—¿Quiénes son los más fuertes?

—Los periódicos liberales tienen muchos más abonados que los periódicos realistas y ministeriales. Sin embargo, Canalís medra, no obstante ser monárquico y religioso, si bien es verdad que está protegido por la corte y por el clero. ¡Bah! los sonetos son la literatura de antes de Boileau—dijo Esteban al ver á Luciano asustado de tener que escoger entre dos banderas.—Sea usted romántico. El romanticismo se compone de jóvenes, y los clásicos son pelucas: los románticos saldrán victoriosos.

La palabra *peluca* era la última que había encontrado el periodista romántico para apodar á los clásicos.

—¡LA BELLORITA!—dijo Luciano, escogiendo el primer soneto y leyéndolo con entusiasta entonación.

Pero quedó picado de la perfecta inmovilidad de Lousteau mientras que le escuchaba, pues no conocía aún la desconcertante impasibilidad que da el hábito de la crítica, y que distingue á los periodistas cansados de prosa, de dramas y de versos. El poeta, acostumbrado á recibir aplausos, ocultó su desconcierto y leyó otro soneto, que era el preferido por la señora de Bargetón y por algunos de sus amigos del cenáculo, pensando:

—Acaso éste le arranque alguna palabra.

Cuando hubo acabado, el poeta miró á su Aristarco, y vio que Lousteau contemplaba los árboles del vivero.

—Bueno, ¿qué le parece?—preguntó Luciano.

—Querido mío, siga usted. ¿No le estaba escuchando? En París, escuchar sin decir nada, es un elogio.

—¿Le basta ya?—dijo Luciano.

—Continúe usted—respondió el periodista con bastante brusquedad.

Luciano leyó su tercer soneto; pero lo leyó acongo-

jado, pues la impenetrable sangre fría de Lousteau le quitó los ánimos. A tener más conocimiento de la vida literaria, hubiera sabido que el silencio y la brusquedad de los autores, en tales circunstancias, denotan la envidia que causa una obra hermosa, del mismo modo que su admiración anuncia el placer inspirado por una obra mediana que tranquiliza su amor propio.

—¿Qué piensa usted de mis pobres sonetos?—preguntó formalmente Luciano.

—¿Quiere usted que le diga la verdad?—dijo Lousteau.

—¿No he de quererlo? Soy aún muy joven y ansío demasiado la victoria para no saber oirla sin enfado, aunque no sin desesperación—respondió Luciano.

—Pues bien, querido mío, los enredos del primero anuncian una obra hecha en Angulema y que sin duda le ha costado á usted demasiado para renunciar á ella. El segundo y el tercero huelen ya á París; pero léame usted otro—añadió haciendo un gesto que le pareció encantador al gran hombre de provincias.

Animado por esta petición, Luciano leyó con más confianza el soneto que preferían Artez y Bridau, por cuya razón túvole esta vez por decisivo.

—¿Qué le parece?—dijo Luciano después de la lectura, y tras un momento de silencio que le pareció larguísimo.

—Querido mío—dijo gravemente Esteban Lousteau mirando la punta de las botas que Luciano había traído de Angulema,—le aconsejo á usted que se tiña las botas con tinta á fin de ahorrarse el betún; que emplee las plumas como limpiadientes, para fingir que ha comido, al salir de casa Flicoteaux, y que se busque una colocación cualquiera. Hágase usted alguacil si tiene corazón, dependiente si tiene buenas fuerzas, ó soldado si le gusta la música militar. Hay en usted pasta para tres poetas; pero antes de adquirir fama, puede usted morir de hambre seis veces, si es que cuenta usted para vivir con los productos de su poesía. Ahora bien, por sus palabras, veo que sus intenciones son hacer dinero con la pluma. No es que juzgue sus poesías; las creo muy superiores á todas las que llenan los almacenes de los libreros. Estos elegantes *ruiseñores*, vendidos un poco más caros que los otros á causa de su papel vitela, vienen casi siempre á morir á las orillas del Sena, donde podrá usted estudiar sus cantos si quiere usted algún día hacer una

excursión instructiva por los muelles de París, desde el puesto del padre Jerónimo, en el puente de Notre-Dame, hasta el puente Real. Allí encontrará usted todos los *Ensayos poéticos*, las *Inspiraciones*, las *Elevaciones*, los *Himnos*, los *Cantos*, las *Baladas*, las *Odas*, en fin, todas las incubaciones que han brotado de siete años acá; musas cubiertas de polvo, salpicadas de barro por los coches y violadas por todos los transeuntes que quieren ver la viñeta de la portada. Usted no conoce á nadie ni tiene probabilidades de entrar en un periódico; sus *Margaritas* quedarán castamente plegadas como usted las tiene, y no brotarán nunca bajo el calor del sol de la publicidad, en la pradera de las grandes imágenes, esmaltada con las viñetas que prodiga el ilustre Dauriat, el librero de las celebridades. ¡Pobre hijo mío! yo he venido como usted con el corazón lleno de ilusiones, impulsado por el amor al arte y traído por los invencibles impulsos hacia la gloria, y me he encontrado con las realidades del oficio, las dificultades de la literatura y lo positivo de la miseria. Mi exaltación, comprimida ahora, y mi primera efervescencia, me ocultaban el mecanismo del mundo, y para desengañarme, he tenido que verlo y chocar contra todos sus obstáculos. Usted va á saber, como yo, que debajo de todas las hermosuras soñadas se agitan hombres, pasiones y necesidades, y usted se verá obligado á horribles luchas de obra á obra, de hombre á hombre y de partido á partido, y á batirse sistemáticamente para no ser abandonado por los suyos. Estos combates innobles desencantan el alma, depravan el corazón y fatigan, pues los esfuerzos propios sirven á veces para hacer coronar al hombre á quien se odia, al talento secundario, considerado, á pesar de uno, como un genio. También la vida literaria tiene sus bastidores. Los éxitos, sorprendidos ó merecidos, son los que aplaude el vulgo; los medios, siempre horribles, los comparsas pintados, los palmoteadores pagados; he aquí lo que ocultan los bastidores. Usted está aún en el gallinero. Aun es tiempo; abdique usted antes de poner el pie en el primer peldaño del trono que se disputan tantos ambiciosos, y no se deshonoré, como lo he hecho yo, para vivir. (Una lágrima brotó de los ojos de Esteban Lousteau.) ¿Sabe usted cómo vivo yo?—repuso con rabia.—El poco dinero que pudo darme mi familia lo gasté en seguida, y me encontré sin recursos después de haber logrado que me aceptasen

una pieza en el Teatro Francés. En el Teatro Francés, la protección de un príncipe ó de un primer hidalgo de la cámara del rey, no basta para lograr un turno de favor, y los cómicos sólo ceden ante aquellos que amenazan su amor propio. Si tuviera usted poder para hacer decir que el primer galán tiene asma, que la primera actriz tiene una fistula donde usted quiera, y que la característica caza las moscas al vuelo, mañana mismo vería usted representada su obra. Yo no sé si dentro de dos años dispondré de semejante poder, porque se necesitan muchos amigos. ¿Dónde, cómo y cuándo me ganaré el pan? me pregunté al sentir los ataques del hambre. Después de muchas tentativas y de haber escrito una novela anónima que le vendí por doscientos francos á Doguereau, que no ha lucrado gran cosa con ella, me convencí de que el periodismo era el único medio de ganarse la vida. Pero ¿cómo entrar en un periódico? No quiero decirle á usted los pasos inútiles que dí ni los seis meses que pasé trabajando como supernumerario, oyendo que me decían á cada paso que yo hacía disminuir la suscripción, cuando ocurría lo contrario. Dejemos á un lado estas villanías. Hoy hago casi gratis la crítica de los teatros del bulevar en el periódico que pertenece á Finot, ese muchachote que almuerza dos ó tres veces al mes en el café de Voltaire (¡pero no vaya usted allí!). Finot es redactor en jefe, y yo vivo vendiendo los billetes que me dan los directores de los teatros á fin de que me muestre benévolo en el periódico, y los libros que me envían los libreros para que hable de ellos. Finalmente, con el beneplácito de Finot, trafico con los tributos en especies que me traen los industriales, en favor ó en contra de los cuales me permite el director escribir artículos. *El agua carminativa*, *La pasta de las sultanas*, *El aceite cefálico*, *La mistura brasileña*, pagan por un artículo de propaganda veinte ó treinta francos. Me veo obligado á andar detrás de los libreros que dan pocos ejemplares al periódico, porque Finot se queda con dos para venderlos él, y yo necesito otros dos. Aunque publique una obra maestra, al librero que se muestra avaro de sus ejemplares, lo reviento. Esto es innoble; pero yo vivo de este oficio, como otros muchos. No crea usted que el mundo político está mejor que el mundo literario: en estos dos mundos, todo es corrupción, y cada hombre es en ellos corruptor ó corrompido. Cuando se trata de una empresa de

librería un poco considerable, el librero me paga por temor á que le ataque. Así es que mis rentas están en relación con los prospectos. Cuando los prospectos salen á millares, el dinero entra á montones en mi bolsillo, y entonces puedo convidar á mis amigos. Si no hay negocios de librería, como en casa de Flicoteaux. Las actrices pagan también los elogios; pero las más hábiles pagan las críticas, y lo que más temen es el silencio. Así es que una crítica hecha para ser refutada desde otro periódico, vale más y se paga más cara que un elogio seco, que queda olvidado al día siguiente. La polémica, querido mío, es el pedestal de las celebridades. En este oficio de espadachín de las ideas y de las reputaciones industriales, literarias y dramáticas, gano cincuenta escudos al mes, puedo vender una novela por quinientos francos, y empiezo á pasar por hombre temible. Cuando tenga casa propia, en lugar de vivir en casa de Florina, á expensas de un tendero que se da aires de milord, y entre en un gran periódico á hacer el folletín, entonces, querido mío, Florina será una gran actriz y yo no sé lo que llegaré á ser: hombre honrado ó ministro, que todo es aún posible—añadió Lousteau levantando su humillada cabeza y dirigiendo al cielo una terrible y acusadora mirada.—¡Y á mí me han admitido una hermosa tragedia! ¡Yo cuento entre mis obras un poema que no morirá! ¡Y yo era bueno y tenía el corazón puro! ¡Y yo, que soñaba hermosos amores con alguna de las mujeres más distinguidas del gran mundo, tengo por querida á una actriz del Panorama Dramático! En fin, porque un librero me negó un ejemplar, dije mal de una obra que me parecía hermosa.

Luciano, llorando de emoción, estrechó la mano á Esteban.

—Fuera del mundo literario—prosiguió el periodista levantándose y dirigiéndose, con su compañero, á la gran avenida del Observatorio.—no existe una sola persona que conozca la horrible odisea que hay que sufrir para lograr lo que se llama boga, fama, moda, reputación, renombre, celebridad, favor público, estos diferentes escalones que conducen á la gloria y que no la reemplazan nunca. Este fenómeno moral tan brillante se compone de mil accidentes que varían con tanta rapidez, que no hay ejemplo de dos hombres que hayan logrado fama por la misma senda. Canalis y Nathán son dos hechos diferentes que no se ren-

varán jamás. De Artez, que se mata trabajando, será célebre por otra casualidad. Esta reputación tan deseada es casi siempre una prostituta coronada. Sí, en las bajas obras de la literatura representa á la pobre muchacha que se hiela en los rincones de las calles. En la literatura secundaria es la mujer entretenida que sale de los malos lugares del periodismo y á quien yo sirvo de sostén; y en la literatura elevada es la insolente y brillante cortesana que tiene casa, paga contribuciones al Estado, recibe á grandes señores, los trata y los maltrata, tiene criados con librea y coche y puede hacer esperar á sus sedientos acreedores. ¡Ah! aquellos para quienes es, como para mí antes y para usted hoy, un ángel con alas matizadas, vestido con su túnica blanca, enseñando una palma verde en una mano y una ardiente espada en la otra y teniendo á la vez algo de la abstracción mitológica que vive en el fondo de un pozo y de la pobre muchacha virtuosa desterrada en un arrabal; esos hombres con cerebros circundados de bronce y corazones ardientes aun bajo las nevadas de la experiencia, son raros en el país que usted ve á nuestros pies—dijo señalando la gran ciudad, cuyas chimeneas humeaban al declinar el día.

Una visión del cenáculo pasó rápidamente por los ojos de Luciano, y le conmovió; pero el poeta fué arrastrado por Lousteau, que continuó de esta suerte su espantosa lamentación:

—Son raros y están esparcidos en esa cuba en fermentación, raros como los verdaderos amantes en el mundo de los amores, raros como las fortunas honradas en el mundo financiero, raros como un hombre puro en el periodismo. La experiencia del primero que me dijo lo que yo le digo á usted ahora, no me valió de nada, como tampoco le valdrá á usted la mía. El mismo ardor precipita siempre, todos los años, de provincias á aquí, á un número igual, por no decir creciente, de ambiciones imberbes, que se lanzan, con la cabeza erguida y el corazón entero, al asalto de la fama, esa especie de princesa Tourandocta de *Los mil y un días*, para la cual todos pretendemos ser el príncipe de Calaf. Pero ninguno adivina el enigma. Todos caen en la fosa de la desgracia, en el barro del periodismo y en el pantano de la librería. Esos mendigos espigean artículos biográficos, sucesos ó libros encargados por lógicos comerciantes de papel impreso que prefieren una estupidez despachada en quince días, á una

obra maestra que exige tiempo para ser vendida. Esos orugas, aplastados antes de llegar á ser mariposas, viven de la vergüenza y de la infamia, dispuestos á morderse ó á alabar á un talento naciente, obedeciendo á una orden de un pachá de *El Constitucional*, de *El Cotidiano*, ó de *Los Debates*, á una señal de los libreros, al ruego de un compañero envidioso, ó á los placeres de una comida. Los que vencen los obstáculos, olvidan las miserias de sus primeros tiempos. Yo, que le hablo en este momento, hice durante seis meses artículos en que sembré la flor de mi ingenio, para un miserable que los firmaba como suyos y que, gracias á ellos, ha entrado de redactor en un gran periódico. Y, vea usted lo que es el mundo: me ha rechazado como colaborador, no me ha dado un céntimo, y, sin embargo, me veo obligado á tenderle la mano y á estrechar la suya.

—¿Y por qué?—dijo altivamente Luciano.

—Porque puedo tener necesidad de escribir dos líneas en su periódico—respondió fríamente Lousteau.—En fin, querido mío, el secreto de la fortuna en la literatura no estriba en trabajar, sino en explotar el trabajo ajeno. Los propietarios de los periódicos son empresarios, y nosotros somos albañiles. Por eso las medianías medran mucho antes, toda vez que pueden resignarse á todo y adular las bajas pasiones de los sultanes literarios, como un recién llegado de Limoges, un tal Héctor Merlín, que ha hecho ya política en un periódico de la derecha, y que trabaja también en nuestro periódico: yo le he visto una vez levantar del suelo el sombrero que se le había caído al redactor en jefe. No eclipsando á nadie, ese muchacho pasará por en medio de los ambiciosos rivales, mientras ellos luchan entre sí. Me da usted lástima, porque le veo en la misma situación en que yo me vi, y estoy seguro de que dentro de uno ó de dos años estará usted como estoy yo ahora. Usted verá acaso en estos consejos amargos alguna envidia secreta ó algún interés personal; pero crea usted que son dictados por la desesperación del condenado que no puede dejar ya su infierno. Nadie se atreverá á decirle lo que yo le digo con el dolor del hombre atacado en el corazón y como un nuevo Job en el estercolero: «¡He aquí mis úlceras!»

—Luchar en ese campo ó en otra parte, tengo que luchar—dijo Luciano.

—Sépalo usted, pues—repuso Lousteau.—Esa lucha será

sin tregua si tiene usted talento, y la mejor probabilidad de éxito sería el no tenerlo. La austeridad de su conciencia, pura hoy, se doblegará ante aquellos que tengan entre sus manos sus éxitos y que con una palabra puedan darle la vida y que, sin embargo, no quieran pronunciarla, porque, créame usted, el escritor de fama es más insolente y más duro con los principiantes que el brutal librero. Donde el librero ve una pérdida, el autor teme á un rival: el uno os guía, el otro os aplasta. Amigo mío, para hacer hermosas obras agotará usted en frases la ternura, la savia y la energía que hay en su corazón, y la cambiará usted en pasiones y en sentimientos; pero cuando haya usted reservado sus riquezas para su estilo, y su oro y su púrpura para sus personajes, y cuando se pasee usted andrajoso por las calles de París, pero satisfecho de haber formado un ser que llame Adolfo, Corina, Clarisa, Renato ó Manón, y haya usted consumido su estómago y su vida para dar vida á su creación, la verá usted calumniada, traicionada, vendida, deportada á las lagunas del olvido por los periodistas y sepultada por sus mejores amigos. ¿Podrá usted esperar el día en que su creación surja, sobre todo sin saber cómo ni cuando? Existe un libro magnífico, el *pianto* de la incredulidad, *Obermann*, que se pasea solitario por el desierto de los almacenes y que es titulado irónicamente *ruiñeñor* por los libreros. ¿Cuándo serán Pascuas para él? Nadie lo sabe. Ante todo, busque usted un editor que tenga bastante atrevimiento para imprimir las *Margaritas*. No se trata ya de cobrar algo por ellas, sino de que lleguen á ser impresas. Entonces verá usted escenas curiosas.

Esta ruda amonestación, dicha con los acentos diversos de las pasiones que expresaba, cayó como una avalancha de nieve sobre el corazón de Luciano, comunicándole un frío glacial. El poeta permaneció de pie y silencioso durante un momento, y por fin, su corazón, estimulado por la horrible poesía de las dificultades, estalló. Luciano estrechó la mano á Lousteau y le dijo:

—¡Triunfaré!

—Bueno—dijo el periodista,—un cristiano más que baja á la arena para ser pasto de las fieras. Querido mío, esta noche hay un estreno en el Panorama Dramático que empezará á las ocho. Son las seis, vaya usted á vestirse convenientemente y venga usted á buscarme. Vivo en la calle de la Harpe, encima del café Serval, en el cuarto piso. Persiste



usted ¿verdad? Pues bien, iremos primero á ver á Dauriat, y luego le presentaré á uno de los mejores editores y á algunos periodistas. Después de la función, cenaremos en casa de mi querida con mis amigos y allí encontrará usted á Finot, el redactor en jefe y propietario de mi periódico. ¿Conoce usted aquella frase: *El tiempo es una sombra*? Pues bien, para nosotros, la casualidad lo es también, y hay que atraparla.

—No olvidaré nunca este día—dijo Luciano.

—Provéase usted de su manuscrito y vístase lo más elegantemente que pueda, más bien por Florina que por el librero.

La sinceridad del compañero que sucedía al grito violento del poeta descubriendo la guerra literaria, conmovió tan vivamente á Luciano, como había sido conmovido antes por la palabra grave y religiosa de Artez. Animado por la perspectiva de una lucha inmediata entre los hombres y él, el inexperto joven no sospechó la realidad de las desgracias morales que le denunciaba el periodista, y no sabía que se hallaba entre dos sendas distintas, entre dos sistemas representados por el cenáculo y por el periodismo, uno de los cuales era largo, honroso y seguro, y el otro peligroso y lleno de escollos y de fangosos charcos, donde debía mancharse su conciencia. Su carácter le inclinaba á tomar el camino más corto y el más agradable en apariencia, y á echar mano de los medios decisivos y rápidos. En aquel momento no vió ninguna diferencia entre la noble amistad de Artez y el fácil compañerismo de Lousteau. Aquella alma voluble vió en el periodismo una arma á su alcance, se creía hábil para manejarla, y quiso apoderarse de ella. Deslumbrado por las ofertas de su nuevo amigo, que le tendió la mano con un abandono que él juzgó gracioso, ¿cómo había de imaginarse que, en el ejército de la prensa, todo el mundo necesita amigos, como el general soldados? Al verle resuelto, Lousteau lo acogía esperando conquistárselo. El periodista estaba por su primer amigo, como Luciano por su primer protector: el uno quería pasar á ser cabo, y el otro quería ser soldado. El neófito se volvió alegremente á su posada, donde se vistió tan elegantemente como el día nefasto en que había querido exhibirse en el palco de la marquesa de Espard; pero sus ropas le estaban ya mejor. Se puso su magnífico pantalón claro, unas bonitas botas que le habían costado cincuenta francos, y su

levita de baile. Se peinó los abundantes y brillantes rizos de su rubia cabellera, se lavó y arregló sus manos de mujer, cuyas uñas quedaron limpias y rosadas, y la blancura de su cuello resaltó sobre el satén negro de su corbata. Jamás joven más guapo bajó la montaña del país latino. Hermoso como un dios griego, Luciano tomó un fiacre y se fué, á las siete menos cuarto, á la puerta de la casa del café Servel. La portera le invitó á subir cuatro pisos, dándole nociones topográficas bastante complicadas. Provisto de estos informes, encontró, no sin trabajo, una puerta abierta al extremo de un largo corredor obscuro, y reconoció el clásico cuarto del barrio latino. La miseria de los jóvenes le perseguía en todas partes, lo mismo allí que en la calle de Cluny, en casa de Artez y en la de Chrestién. Pero en todas partes le llamaba la atención por las huellas que le imprime el carácter del paciente. Allí la miseria era siniestra. Una cama de nogal sin cortinas, á los pies de la cual se veía una mala alfombra. En las ventanas unos visillos ennegrecidos por el humo de una chimenea que no iba bien y por el del cigarro. Sobre la chimenea un quinqué que le había dado Florina y que se había librado, por casualidad, de la casa de préstamos. Después, una cómoda de caoba, una mesa cargada de papeles, dos ó tres plumas esparcidas aquí y allá y los libros que había traído la víspera ó durante el día. Tal era el mobiliario de aquel cuarto desprovisto de objetos de valor; pero que ofrecía un innoble conjunto de botas viejas, de calcetines en estado de encaje, de cigarros aplastados, de pañuelos sucios y de camisas y corbatas rotas. Era aquello, en fin, un vivac literario provisto de cosas negativas y donde reinaba la más extraña desnudez que puede uno imaginarse. Sobre la mesa de noche se veía multitud de libros que sin duda habían sido leídos durante la madrugada, y sobre la chimenea erraban una navaja de afeitar, un par de pistolas y una caja de tabacos. En uno de los testers, Luciano vió unos floretes cruzados bajo una mascarilla. Tres sillas y dos sofás, dignos apenas del peor fonducho de aquella calle, completaban aquel mobiliario. Aquel cuarto, sucio y triste á la vez, anunciaba una vida sin reposo y sin dignidad: allí se dormía y se trabajaba á toda prisa, se permanecía dentro á la fuerza y se sentía necesidad de abandonarlo. ¡Qué diferencia entre aquel desorden cínico y la limpia y decente miseria de Artez!... Luciano no escuchó este consejo envuelto en un re-